



## Entorno

# La verdadera crisis migratoria está en Centroamérica<sup>1</sup>

Andrew Selee<sup>2</sup>

Ariel G. Ruiz Soto<sup>3</sup>

Un repentino aumento de la migración a través de la frontera entre Estados Unidos y México ha presentado al presidente estadounidense Joe Biden uno de los desafíos políticos más difíciles de su nueva administración. Solo en el mes de marzo, los agentes de la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos encontraron 172.000 migrantes no autorizados, principalmente de Centroamérica y México. Eso fue un aumento de más del 70 por ciento desde febrero y un máximo de 20 años (aunque un buen número de estos migrantes puede haber intentado cruzar más de una vez y, como resultado, se les ha contado dos veces).

Los políticos y los expertos se han apresurado a calificar el aumento de la migración como una “crisis fronteriza”. Pero aunque los números son más altos esta vez, Biden no es el primer presidente

en lidiar con una afluencia de migrantes en la frontera sur. El presidente Barack Obama lo hizo en 2014 y nuevamente en 2016, al igual que el presidente Donald Trump en 2019. En cada ocasión,

1. Este es un artículo gratuito publicado originalmente el 13 de abril de 2021 por la revista Foreign Affairs en idioma inglés, bajo el título “The Real Migration Crisis Is in Central America”; la traducción al español es proveída automáticamente por el programa Google Translate. La versión original puede leerse en <https://www.foreignaffairs.com/articles/central-america-caribbean/2021-04-13/real-migration-crisis-central-america>

2. ANDREW SELEE es presidente del Migration Policy Institute (MPI).

3. ARIEL G. RUIZ SOTO es analista de políticas en el Migration Policy Institute (MPI).

Estados Unidos, sobrecargado de impuestos y con pocos recursos, ha luchado por manejar el flujo de personas que se dirigen hacia el norte desde Centroamérica y están desesperadas por ingresar al país. Estados Unidos.

Como sugiere este patrón cíclico, la crisis real no está en la frontera entre Estados Unidos y México, sino en Centroamérica. El crimen, la violencia, la corrupción y la devastación económica en la región han impulsado a la gente a la frontera, y las políticas estadounidenses, tanto durante las administraciones demócratas como republicanas, no han logrado abordar adecuadamente estos factores de empuje persistentes. Estados Unidos y los países centroamericanos necesitan un nuevo enfoque de la migración, uno que aborde los impulsores de estos ciclos de auge y caída y ayude a manejar las crisis superpuestas a miles de kilómetros al sur de la frontera entre Estados Unidos y México.

## Boom y explota

Los picos en la migración a través de la frontera sur de los Estados Unidos se han producido perió-

dicamente desde 2014, cuando las tasas de homicidio en El Salvador y Honduras aumentaron notablemente. Pero cada uno de estos picos ha sido ligeramente diferente en composición y motivación. En 2014 y 2016, los niños no acompañados de Centroamérica fueron el grupo más visible que llegó a la frontera. Casi 70.000 menores intentaron cruzar de México a Estados Unidos en el año fiscal 2014, por ejemplo, un aumento del 77 por ciento con respecto al año anterior. Estos recién llegados gravaron los recursos limitados del gobierno de EE. UU. Para albergar a menores y ubicar a sus familias, lo que provocó una larga demora en las audiencias de asilo y el hacinamiento en las instalaciones del Departamento de Salud y Servicios Humanos de EE. UU.

Para el año fiscal 2019, cuando las autoridades estadounidenses detuvieron a más de 850.000 migrantes, las familias constituían el 56 por ciento de los que llegaban a Estados Unidos y muchos de ellos buscaban asilo. Una vez más, el gobierno de Estados Unidos luchó por satisfacer las necesidades de estas personas, que no pueden ser detenidas legalmente por más de

20 días con sus hijos. Para eludir esa regla, la administración Trump implementó brevemente una política de separación familiar, pero la revocó rápidamente ante la oposición pública masiva.

Ahora, los migrantes vuelven a acudir en masa a la frontera, esta vez encabezados por una mezcla de menores no acompañados, familias y adultos solteros. La administración Biden ha dejado en vigor una orden de salud pública de la era Trump, conocida como Título 42, que permite al gobierno expulsar a cualquiera que llegue a las fronteras de Estados Unidos sin autorización para ingresar. Sin embargo, la administración hizo una exención para los menores no acompañados, alimentando parcialmente los aumentos mensuales en las llegadas de niños que probablemente eclipsarán los tres picos migratorios anteriores si se mantiene esta tendencia. La nueva política de México en una parte del país de negarse a aceptar familias con niños pequeños expulsados de Estados Unidos ha aumentado el número de llegadas, obligando efectivamente a Estados Unidos a admitir a esas familias cuando llegan a suelo estadounidense.

## La verdadera crisis

La naturaleza recurrente de estas oleadas migratorias, y el hecho de que hayan ocurrido durante las administraciones demócratas y republicanas de los Estados Unidos, sugiere que la actual llamada crisis fronteriza es realmente un síntoma de una crisis mucho mayor arraigada en problemas de larga data en Central. América. Ninguna política estadounidense anterior, ya sea más dura o más humana, ha abordado estas causas subyacentes con la suficiente eficacia como para detener este ciclo de migración que se dispara cada dos o tres años. De hecho, una ironía del aumento actual de la inmigración es que está sucediendo incluso cuando Estados Unidos continúa aplicando una de sus medidas más restrictivas, el Título 42.

La afluencia actual, como las pasadas, está impulsada en parte por la delincuencia y la violencia persistentes. El Salvador y Honduras tienen una de las tasas de homicidio más altas del mundo, y partes de Guatemala son igualmente violentas. Aproximadamente uno de cada

cinco residentes en estos países informa ser víctima de delitos cada año. Y casi una décima parte de los hondureños y salvadoreños experimentan extorsión anualmente, pagando a pandillas y grupos criminales locales solo para que puedan vivir en sus hogares o administrar pequeñas empresas. Esta oleada de delincuencia y violencia se ha relacionado con la migración; Investigadores del Centro para el Desarrollo Global han demostrado que cada 60 homicidios adicionales llevaron a 37 detenciones de niños no acompañados en la frontera entre Estados Unidos y México.

La corrupción es otra fuerza impulsora importante detrás de la migración. Los tres países centroamericanos mencionados anteriormente se encuentran entre los más corruptos del mundo en el Índice de Percepción de la Corrupción de Transparencia Internacional. La corrupción de alto nivel socava la fe de las personas en el gobierno y las alienta a migrar. También lo hace la corrupción más mundana entre los delincuentes, la policía y los funcionarios públicos de bajo nivel que dificulta la vida en el día

a día y contribuye a las decisiones de muchos de buscar una vida mejor en otro lugar.

El estancamiento económico, que se ve agravado por la corrupción, es otra fuerza que empuja a los migrantes a la frontera entre Estados Unidos y México. El PIB per cápita en El Salvador y Guatemala es menos de la mitad de lo que es en México, y en Honduras es menos de una cuarta parte. Cada año, los jóvenes ingresan al mercado laboral, no encuentran trabajo y deciden emigrar. En 2020, las presiones económicas fueron aún más extremas, ya que el PIB se contrajo un tres por ciento en Guatemala y más del ocho por ciento en El Salvador y Honduras. Ese mismo año, las proyecciones de la Comisión Económica de la ONU para América Latina y el Caribe sugirieron que más de la mitad de los guatemaltecos y hondureños y el 40 por ciento de los salvadoreños viven en la pobreza.

Estas crisis económicas se intensificaron en noviembre, cuando dos enormes huracanes devastaron América Central, erosionando

aún más los medios de vida de las personas. Las tormentas fueron presagios de un problema final que aleja a la gente de la región: el cambio climático. Los períodos más prolongados de sequía combinados con huracanes más frecuentes parecen estar afectando a los agricultores de manera particularmente dura y cambiando su forma de vida. En Guatemala y Honduras, que tienen economías predominantemente rurales, estos cambios han causado inseguridad alimentaria entre los agricultores. Investigaciones recientes han demostrado que el cambio climático y la inseguridad alimentaria impulsan la migración desde Honduras.

## Vientos de cambio

Ninguno de los problemas que impulsan la migración desde Centroamérica es inevitable. Cientos de miles, y a menudo más de un millón, de mexicanos alguna vez buscaron llegar a los Estados Unidos todos los años. Pero esta tendencia comenzó a caer después de 2007, y el número de mexicanos en Estados Unidos ha caído de 11.7 millones a 10.9 millones desde 2010. La migración

mexicana hacia el norte se redujo a medida que la población de México envejecía, la democracia se arraigaba y la economía crecía.

Las condiciones en El Salvador, Guatemala y Honduras también pueden cambiar. De hecho, la población de los tres países ya está empezando a envejecer, como lo hizo la de México hace una década. El Salvador es el primer país de la región en experimentar una disminución significativa en las tasas de natalidad, con el 26 por ciento de la población ahora menor de 15 años (similar a México). Ese número es del 30 por ciento en Honduras y del 36 por ciento en Guatemala. El resultado es una disminución de las presiones del mercado laboral que eventualmente podría significar una reducción de la migración económica. Honduras puede seguir ese patrón demográfico en unos pocos años y Guatemala unos años después.

Las condiciones económicas en estos países también podrían mejorar con las inversiones y las decisiones políticas adecuadas. Antes de la pandemia de COVID-19, las tasas de pobreza

estaban cayendo en El Salvador debido a las inversiones en educación, seguridad pública y empleos. Esas inversiones crearon mayores oportunidades y más esperanza para sus ciudadanos. Guatemala y Honduras podrían seguir este camino, pero solo si sus gobiernos aprueban reformas inteligentes y oportunas que apoyen a las pequeñas empresas, ayuden a los agricultores a ser más productivos y fortalezcan el estado de derecho.

## Rompiendo el ciclo

Pero cambiar las condiciones que están impulsando la migración desde Centroamérica también requerirá cambios en Washington. Mediante una combinación de ayuda inteligente para el desarrollo e inversiones en instituciones que apoyan el estado de derecho, Washington podría ayudar a aliviar los delitos violentos, la corrupción y el malestar económico. Estados Unidos deberá cooperar con los gobiernos de la región y al mismo tiempo apoyar a las organizaciones de la sociedad civil que han estado luchando por una mayor transparencia y rendición de cuentas del gobierno. En particular, Estados

Unidos deberá invertir en la independencia y la capacidad de los fiscales y los tribunales.

Mientras busca mejorar las condiciones en Centroamérica para reducir los incentivos para migrar, el gobierno de los Estados Unidos también debería construir más vías legales para que las personas de la región viajen a los Estados Unidos para realizar trabajos de temporada. En el año fiscal 2020, 244,000 mexicanos vinieron a Estados Unidos por trabajo estacional, pero solo 5,000 personas de El Salvador, Guatemala y Honduras lo hicieron. El mercado laboral estadounidense — 160 millones de trabajadores en total — podría absorber fácilmente algunas decenas de miles de trabajadores temporeros centroamericanos más, especialmente a medida que la economía estadounidense se recupera, sin desplazar a los trabajadores estadounidenses. Permitir que los migrantes centroamericanos ingresen para realizar trabajos de temporada es preferible a que ingresen a la fuerza laboral sin autorización, como muchos de ellos lo hacen actualmente. nosotros los legisladores deberían considerar la posibilidad de

crear una visa regional especial para centroamericanos como parte de un paquete de reformas migratorias. Pero mientras tanto, deberían expandir los programas actuales de visas de temporada (H-2A y H-2B), las vías más claras para ingresar a los Estados Unidos para el trabajo de temporada.

El gobierno de Estados Unidos también debería mejorar el sistema de asilo en la frontera, haciéndolo más eficiente y justo, y diseñar nuevos mecanismos de protección humanitaria para quienes huyen de la violencia. Por ejemplo, puede ayudar a promulgar medidas dentro de los países para proteger a las personas desplazadas por la violencia, como proporcionar guardaespaldas a los periodistas amenazados o reubicar a las personas en viviendas seguras. El objetivo debería ser proteger a

las personas antes de que migren y tengan que buscar asilo en la frontera entre Estados Unidos y México.

Ninguna de estas políticas resolverá el problema actual de la administración Biden en la frontera entre Estados Unidos y México de la noche a la mañana. Pero juntos pueden sentar las bases de un sistema regional más proactivo para gestionar la migración y reducir las posibilidades de que el ciclo de auge y caída de la migración continúe en el futuro. Este enfoque también desviaría la atención de la llamada crisis en la frontera hacia donde pertenece: las crisis no resueltas en Centroamérica.